

LEER Y ESCRIBIR LA NACIÓN ESPAÑOLA. APOSTILLAS A UN PROYECTO

Marieta CANTOS CASENAVE
Instituto de Estudios del Mundo Hispánico
Universidad de Cádiz

Entre 1831 y 1879 se producen cambios muy significativos en la política de España que tienen su correlato en la literatura. La enfermedad de Fernando VII, el nacimiento algunos meses antes de la infanta Isabel y la designación de M.^a Cristina como reina gobernadora explican, en primer lugar, que el avisgado empresario José M.^a Carnerero decidiera dedicarle a M.^a Cristina —y ponerla bajo su amparo— las *Cartas españolas*, una de las revistas más atentas al nuevo público lector femenino, hasta el punto de incluir láminas litografiadas —algunas de ellas en color— de figurines de la moda más en boga en París. Esta fundación sería el término desde el que se trataría de llevar a cabo el proyecto de investigación que da pie a estas páginas.

No era ese el único aliciente de la revista. Originada en una su-puesta tertulia que había dejado de celebrarse presencialmente a causa de que algunos de sus miembros deben abandonar la capital madrileña donde tenía lugar, los contertulios deciden mantener sus «conversaciones» a través de una correspondencia que dará lugar a las «Cartas españolas» mencionadas en el título de la cabecera periódica. En ese título, además —y a pesar de que algunas de sus misivas procedan de Francia— lo español se va a convertir en el tema central de sus intercambios epistolares.

En el extracto del «Prospecto», obra al parecer del malagueño Serafín Estébanez Calderón, se destaca el «capítulo» dedicado a la historia, «relativo a sucesos antiguos y modernos», a los que habrían de sumarse el referente a las ciencias, con especial atención a los «nuevos y más ventajosos descubrimientos, que tienen aplicaciones

inmediatas a las necesidades de la vida», el dramático y teatral, donde se atendería tanto a la literatura de este género impresa como a la difundida a través de la representación. En el capítulo de artes, además de las «bellas» se ofrecerían artículos sobre «las agrícolas e industriales». Mientras en crítica y literatura se presentarían «observaciones sobre las obras nuevas que se imprimen, y se incluyen cuadros morales, que bosquejen las costumbres públicas, de un modo instructivo y agradable». En el «Boletín» se incluiría «la narración de sucesos curiosos y variados, que formen, una divertida Miscelánea; no olvidando las Modas, ni las Anécdotas del día, ni los objetos, de cualquier materia, que puedan proporcionar utilidad o entretenimiento». Por último, los lectores hallarían la sección sobre la economía pública, y materias análogas. Además, darían especial cabida a «composiciones poéticas», así como a «observaciones y cartas que se dirijan al Editor», «procurando en un todo amenizar esta instructiva y variada colección, y hacerla merecedora de la Excelsa Bondad con que la REINA NUESTRA SEÑORA se ha dignado favorecerla» («Extracto del Prospecto de las *Cartas Españolas*», 26 de marzo de 1830). En resumen, todo un programa de modernidad con el que querían atraer a sus posibles lectores.

Será en el «Frontis en papel», donde explique el origen de las cartas y de la tertulia que reúne en su casa la viuda baronesa de Barbado, conocedora de modas, trajes, telas y peinados; el segundo componente es el *Solitario*, esto es Estébanez Calderón; el tercer contertulio se oculta bajo el nombre de Severo Sofimegas, experto en leyes; el cuarto, Crisófilo Nauta, entendido en economía y estadística; Crispín de Centellas es el experto en las bellas letras; Félix de Menchaca es un andaluz, crítico y buen conocedor de la amena literatura y, por último, Leonor, es una «americanita linda» sobrina de don Severo. De todos ellos los únicos que permanecen en la corte son la baronesa y el Solitario, que reciben «cartas del tío y la sobrina que en este punto visitan la Francia, escriben largas epístolas a don Crisófilo Nauta, que viaja por el Norte de Europa, corresponden con el don Félix que recorre ahora alguna de nuestras provincias, y hablan y se entretienen con otros amigos en sus recreaciones tertulianas». Todos estos discursos serán trasladados a las páginas de la revista. De este intercambio epistolar, que de alguna manera sigue el modelo de las *Cartas marruecas* de Cadalso —sin que en la obra del gaditano exista la excusa de la tertulia—, nace también el diálogo entre la imagen

que tienen los contertulios sobre su propio país y la heteroimagen que se proyecta de la nación española, principalmente desde Francia, pero también desde otros lugares de Europa.

El interés de examinar la idea de España en esta revista es que se publica en unos años cruciales para el desarrollo de la nación en el tránsito al Estado liberal. Por este motivo, son significativos los discursos referidos tanto a las nuevas modas literarias —aquí empieza a publicar Estébanez sus primeros artículos sobre «Costumbres»—, como en lo referente a la opinión que los extranjeros tenían sobre el estado de nuestra literatura, que contiene, por ejemplo, el artículo «Literatura española. Carta de un español residente en Nueva York, al Editor de las Cartas Españolas. Nueva York, 25 de agosto de 1830» en la 5ª entrega de esta revista el 11 de mayo 1831, donde se traslada un «Resumen de la crítica» sobre el estado de la literatura española, realizado por Robert Walsh, redactor de la *Revista de Filadelfia*. De la misma manera, en esa misma entrega, se publica la «Novela árabe»¹, así como el «Retrato histórico de Don Luis Fajardo, marqués de los Vélez», que se declara «tomado del libro de Ginés Pérez de Hita, las *Guerras civiles de Granada*»². La presencia de ambos textos, si bien puede parecer anecdótica, es significativa del interés que despertaba en estas fechas la presencia árabe en España y la obra de Pérez de Hita, una de las fuentes utilizadas en Europa, en la traducción de Thomas Rodd, para representar las luchas entre los moros y cristianos durante la Edad Media española.

El otro hito literario que enmarcaba cronológicamente el proyecto era la finalización de la Segunda Serie de los *Episodios Nacionales* de Galdós en 1879. En estas dos series Galdós propone una relectura de la historia de España que impresiona vivamente, no solo por el ritmo narrativo, la naturalidad de sus diálogos y la viveza de sus descrip-

¹ En el buscador de la web del proyecto, origen de este libro, puede localizarse dicho artículo. Véase, Marieta Cantos Casenave, «Literatura española. Carta de un español residente en Nueva York. Poema». Proyecto I+D+i «Leer y escribir la nación: mitos e imaginarios literarios de España (1831-1879)» (Ref: FFI2017-82177-P) <<https://imaginariosnacionalesxix.uca.es/informacion-detallada-de-una-obra/?id=194>>.

² Marieta Cantos Casenave, «Retrato histórico de Don Luis Fajardo, marqués de los Vélez». Proyecto I+D+i «Leer y escribir la nación: mitos e imaginarios literarios de España (1831-1879)» (Ref: FFI2017-82177-P) <<https://imaginariosnacionalesxix.uca.es/informacion-detallada-de-una-obra/?id=196>>.

ciones, sino porque, habiendo acudido a todo tipo de testimonios, consigue construir un relato que se aparece «lleno de verdad». La eficacia de su realismo intencional es enorme y esa ha sido una de las causas de que su lectura siga interesando como representación de un imaginario nacional, en el que las clases medias adquieren un singular protagonismo.

Otra justificación para elegir 1879 como fecha de clausura del proyecto es que, a partir de esos años finales de la década de los setenta, no solo cambia la forma en que Galdós plantea el resto de los episodios, sino que, en general, cambia el rumbo de la narrativa española hacia el realismo-naturalismo. Además, se ha producido ya la transformación del espectáculo teatral en un teatro por horas donde la zarzuela y el género chico cobran una relevancia fundamental, como forma de entretenimiento y de plasmación de unos gustos que, si en sus inicios (1867-68) tuvo algunos elementos de «revolución social y cultural», su apropiación «por las burguesías urbanas en plena expansión es inmediata, desde los primeros años del Sexenio», de modo que pierde cualquier posibilidad de contestación política y cultural³.

Además, en el ámbito político las diferencias provinciales que habían estado disputando el protagonismo patriótico a la nación, con una proyección significativa durante las revueltas cantonalistas —donde se llegó a defender también el patriotismo local—, van a ser poco a poco superadas por los regionalismos, que en literatura tendrán su expresión en distintos movimientos reivindicativos de las expresiones literarias propias de cada región.

Es indudable que, tal como estaba planteado, el proyecto de investigación era muy ambicioso no solo por la cantidad de fuentes que debía frecuentar, sino, sobre todo, por los resultados que pretendía allegar. Por una parte, un volumen que diera cuenta de los distintos intentos llevados a cabo entre 1831 y 1879 de construir una historia nacional en sus distintos ámbitos, desde la poesía al drama, pasando por el artículo de costumbres, la novela o el cuento. Por otra, una revisión de los mitos que habían sido revisitados durante estos años por la literatura o había sido creados en estas fechas. Entre los frutos recogidos, además de algunos trabajos publicados en

³ Salaün, Serge. *Les spectacles en Espagne (1875-1936)*. Paris, Presses Sorbonne Nouvelle, 2011, <<http://books.openedition.org/psn/1317>>.

diferentes revistas y capítulos de libro, el primero fue el monográfico «De *Cartas Españolas* a los *Episodios nacionales*: los imaginarios de la nación» publicado en la revista *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 25 (2019). A este se añade la publicación en la editorial Brill del libro *Otherness and national identity in 19th-century Spanish literature*, donde se analizan una serie de casos en los que algunos autores del Romanticismo español imaginaron a sus «otros» y cómo los extranjeros nos representaron como nación. Como culminación del proyecto, en este volumen se reúnen algunos de nuestros hallazgos más recientes, que consta de tres secciones, que se ocupan de incorporar la perspectiva de género, la construcción de una galería de héroes de la patria —en la que las mujeres están prácticamente excluidas, salvo excepciones— y un examen de cómo los escritores españoles trataron de crear una literatura nacional, a través del estudio de una serie de casos.

En la primera de estas secciones, «Una nación para las mujeres», tratamos de darle la vuelta a la pregunta siempre planteada sobre si las mujeres tuvieron un espacio dentro de la comunidad nacional. Este interrogante es precisamente el punto de partida del trabajo de Juan Pedro Martín Villarreal, «¿“No hay nación para este sexo”? Dinámicas de ampliación del imaginario nacional femenino en la obra narrativa de Carolina Coronado», donde el investigador examina la intervención de Carolina Coronado desde la doble marginalidad de su situación en el mundo literario por su condición femenina y por la condición periférica de los lugares en los que vivió. Estas circunstancias no le impidieron, no obstante, mediante el uso de las denominadas tretas del débil⁴, abrir brechas para remodelar el imaginario femenino a favor de un modelo de mujer más integrador, como efectivamente hizo en la «Galería de poetisas españolas contemporáneas». En la aproximación a *La Sigea* y *Jarilla*, dos novelas históricas en las que la escritora reelabora las representaciones de Luisa de Sigea, como modelo de mujer instruida, y de la mora Jarilla, el investigador descubre de qué modo Coronado reivindica un iberismo destinado a ensanchar los márgenes de la comunidad imaginada.

⁴ Ludmer, Josefina. «Tretas del débil» en Patricia E. González y Eliana Ortega (eds.), *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*, Río Piedras, Huracán, 1984, pp. 47-54.

Le siguen a este capítulo dos trabajos sobre Rosario de Acuña. El primero de ellos lo firma Carmen Amaya Macías y versa sobre el personaje de María de *Rienzi el Tribuno* como contribución femenina a la creación del imaginario nacional, en el que la autora, si todavía no se cuestiona de forma tajante el modelo del ángel del hogar, sí que propone vías para la intervención política de las mujeres, en un camino que recorrerá la propia Rosario de Acuña.

Por su parte, José María Fernández Vázquez se ocupa de la obra *Amor a la patria*, publicada en Zaragoza en 1877, bajo el seudónimo masculino de Remigio Andrés Delafón, donde hace aflorar sus ideas masónicas respecto a la religión, y una concepción del patriotismo nada conservadora a pesar del homenaje que se hace a los zaragozanos en su resistencia contra el invasor francés. Por otra parte, Fernández considera que esta obra dramática debe ser leída como antecedente del feminismo comprometido de la escritora, donde ya sí cuestiona de forma más abierta el modelo de feminidad que se iba extendiendo en la sociedad burguesa del siglo XIX.

Tres escritoras, estudiadas en relación con la construcción de una mirada femenina sobre el paisaje de México centran la atención de M^a Isabel Morales Sánchez en «Viajeras en México. Tres miradas sobre el paisaje: Francis Erskine Inglis, marquesa de Calderón de la Barca (1804-1882), Paula Kolonitz (1830-¿?) y Emilia Serrano de Wilson (1843-1922)». La propuesta de análisis de los relatos de estas viajeras pasa por el examen de la visión de tres viajeras que adoptan miradas diferentes sobre México en función del objetivo de su viaje, pero también de la propia experiencia vivida, así como de las experiencias leídas de los viajeros que las han precedido en su acercamiento a este territorio, del que no queda ausente, aunque con matices en cada uno de los relatos, la perspectiva colonial europea frente a una nación que está luchando porque se le reconozca la legitimidad de su soberanía e independencia.

Siguen después dos trabajos que suponen el contrapunto de los capítulos anteriores. Por una parte, el texto de M^a del Carmen López Gómez examina las figuras protagonistas de tres zarzuelas andaluzas, definidas como «Mujeres de rompe y rasga», desde la perspectiva de la tradición picaresca. Se trata pues, de obras escritas por hombres, que tratan de poner en escena a una serie de mujeres «de ánimo resuelto», que parecen vivir ajenas al orden patriarcal, se trata de las protagonistas de tres zarzuelas menores que presentan rasgos

similares a la heroína de *La pícaro Justina* (1605): *¡Es la Chachi!* (1845) de Francisco Sánchez del Arco, *La gitanilla* (1861) de Antonio Reparaz y *Perla* (1871) de Miguel Marqués.

A continuación y como cierre de esta primera parte, David Loyola López, en «La imagen de la mujer en los almanaques cómico-satíricos de la segunda mitad del siglo XIX», se ocupa de indagar en la representación de las mujeres a través un género literario, el almanaque, de larga tradición, que conoce una significativa revitalización en esta centuria, particularmente desde la década de los 50. A través de su pormenorizado análisis, Loyola revela de qué modo los almanaques, un género eminentemente masculino en estas fechas, responden a una nueva realidad social, la irrupción de la mujer en distintos ámbitos de la esfera pública.

La segunda parte de este volumen está consagrada a investigar cuáles son los «Nuevos héroes para la nación». En conjunto se trata de estudios sobre discursos patriarcales en los que algunos personajes cobran nueva vida de la mano del Romanticismo. Es el caso del caballero Bernardo del Carpio, cuya resignificación analiza Javier Muñoz de Morales Galiana en «Reimaginando la leyenda de Bernardo del Carpio a través de la novela en el XIX español: George Washington Montgomery, Manuel Fernández y González y Emilio de Alcaraz», a partir de tres novelas. La primera de ellas es *El bastardo de Castilla* de George Washington Montgomery, publicada en 1832, la segunda novela, la más significativa es la que publicara Manuel Fernández y González en 1858, *Bernardo del Carpio* y la tercera es *Daniel o la corte del rey Ordoño*, publicada por Emilio de Alcaraz en 1864.

La contribución de Francisco Cuevas Cervera, «Miguel de Cervantes, héroe nacional: entre la documentación historiográfica y la ficción recreativa en el siglo XIX», examina cómo se mitifica al autor del Quijote a través de la construcción de diferentes biografías, en las que se van seleccionando una serie de detalles y obviando otros, que impedirían su entronización como héroe nacional y que hubieran disonado en el modelo panegirista generalmente cultivado por esas fechas.

En una línea muy diferente, Eduardo Fernández López examina el proceso de mitificación de dos protagonistas de la construcción liberal de la nación, los diputados Muñoz Torrero y Olózaga, en su investigación sobre «La mitificación de Diego Muñoz Torrero y Salustiano de Olózaga en la literatura española del XIX». No obstante, al igual que ocurre en el caso del autor de *El Quijote*, las biografías

de Muñoz Torrero y Olózaga son resignificadas a lo largo del siglo XIX. Como bien explica el autor, en nada se parecen el retrato que había realizado Nicomedes Pastor Díaz sobre Olózaga para la *Galería de españoles célebres y contemporáneos*, publicada por Ignacio Boix en 1845, al que redactaría algunos años después, en 1863, su principal biógrafo Ángel Fernández de los Ríos, que lo convierte en icono del liberalismo. Respecto de Muñoz Torrero, apenas se había escrito nada, salvo algún artículo de prensa y es a raíz precisamente de que Ángel Fernández de los Ríos pida a los progresistas que reclamen sus restos cuando la polémica que se desata en la prensa haga ver la necesidad no solo de enterrar en España al que ya era un héroe liberal, sino de construir una biografía, que correría a cargo del mismo Fernández de los Ríos. Entre las biografías de uno y otro, los *Episodios nacionales* de Galdós dan cuenta de una mirada que trata de ser más equilibrada.

En el último estudio de esta sección, «Los monumentos conmemorativos: lecturas cívicas de la nación», Alberto Ramos Santana realiza un acercamiento muy minucioso a la política conmemorativa con que se trataba de jalonar el relato nacional. Como explica en este capítulo, los diputados de las Cortes reunidas en 1810 instaron a colocar placas y levantar monumentos conmemorativos, dedicados a la Guerra de la Independencia y la Constitución de 1812, conscientes de la necesidad de establecer una política de símbolos que destacaran los hitos principales de la construcción de la nación española. Esa idea, que tiene antecedentes ilustrados, cobró fuerza con el triunfo del liberalismo, etapa en la que los monumentos, además de servir como reconocimiento a los «mártires de la libertad», también se entendieron como una forma de educación cívica sobre la historia patria. Sin embargo, estas iniciativas no fueron ajenas a la disputa ideológica y política. En este sentido, la larga y tortuosa trayectoria de la construcción del «Panteón de Hombres Ilustres», ayuda a entender la dificultad de conformar la idea de la nación española.

Por último, en la tercera parte, «Hacia una literatura nacional», se contienen cuatro estudios en los que se examina el modo en que la prensa periódica, la narrativa, la épica y el teatro se amoldan a las nuevas inquietudes de los autores y a las demandas de los lectores en un proceso de continuo diálogo entre la tradición y la modernidad para conformar una literatura nacional. En el primero de los estudios, Julia M.^a Bernal Ferriz analiza «El imaginario de *El Artis-*

ta como solución de progreso de España (1835-1836)». En este caso, la investigadora, además de tener en cuenta la literatura académica sobre esta revista, una de las primeras pintorescas en España, que, a pesar de su escasa duración, tuvo una notable repercusión en la época, revisa la recreación que elabora Galdós en sus *Episodios nacionales*, particularmente a través de *Un faccioso más... y algunos frailes menos*, un episodio crucial de la segunda serie en que el escritor canario ficcionaliza la creación de esta revista al calor de las relaciones de amistad y de ansias culturales de personajes como los Madrazo y Eugenio de Ochoa, por citar los más señeros. En su estudio, Bernal ahonda, además, en los contenidos de la revista para evidenciar su significación como medio de hacer avanzar a España para tratar de situarla al nivel de otras capitales europeas en cuanto a inquietudes artísticas, pero también ideológicas, sociales e incluso políticas.

Le sigue «En torno a la orientalización de España: la traducción de los *Cuentos de la Alhambra* (1844) de Manuel María Santa Ana, editados por Mellado», en que la autora plantea en qué medida el autor sevillano se propuso replicar a la heteroimagen de España y Andalucía, elaborada por Washington Irving en *The Alhambra*, a través de su traducción, como así parecía deducirse del prólogo que el mismo Santa Ana escribe. Para ello realiza un recorrido por las principales traducciones publicadas en la primera mitad del XIX de la obra del estadounidense, para centrarse, a continuación, en el análisis de los estereotipos sobre los españoles y los andaluces que se perpetúan en la traducción de Santa Ana. Por último, examina cómo se imbrica la publicación de esta traducción en la labor editorial de Mellado y cuál fue el contexto político y cultural en que la obra vio la luz. En este contexto cultural cobra importancia no solo el hecho literario, sino la cultura visual de los espectáculos ópticos que en panoramas, dioramas y neoramas dotan de mayor verosimilitud para el público de las clases medias una realidad que se torna cambiante cada vez a mayor velocidad.

La poesía y concretamente los «Versos épicos: el marqués de Molíns y el romancero de la Guerra de África de 1860» constituyen el asunto sobre el que versa el capítulo de Salvador García Castañeda, que en otros trabajos se había acercado a este asunto a través del análisis de pliegos de cordel o de los testimonios de otros escritores como Alarcón, Núñez de Arce o Galdós. En esta ocasión, García Castañeda explica el desarrollo de la contienda a lo largo de seis meses

como fruto del contexto político y de la necesidad, por una parte, de acabar con las disensiones que amenazaban al gobierno de la Unión Liberal y, por otra, de mejorar la imagen de España a ojos extranjeros. El *Romancero* de Molíns era una obra colectiva que trataba de extender entre los lectores la idea de que España recuperaba la senda de antiguas gestas heroicas, aunque se pasara de puntillas por encima de las pérdidas humanas que causarían enorme dolor a las familias que perdieron a los más de 15.000 soldados que murieron en ella.

Desde que *Cartas Españolas* incluyera una sección dedicada a la historia, como tema especialmente apropiado para la instrucción de las mujeres según se proponía en el siglo XVIII, la mayor parte de las revistas destinadas a la lectura femenina solían incluir este asunto, pero en el caso de *La Violeta* (1862-1866), como destaca M.^a Isabel Jiménez Morales, esta temática cobra especial relieve a partir de 1864 y particularmente de la mano de Rogelia León, que publicó diecinueve artículos de asunto histórico en diverso formato, desde el asunto legendario de ambientación granadina al apunte biográfico, donde rescata a mujeres de la historia española, como «La esposa de don Favila», que propone a sus lectoras como ejemplo de virtud, con las que trata de erigir también una galería de españolas célebres.

Como destaca Jiménez Morales, en el conjunto de mitos de España abordados por *La Violeta* prevalecen los de asunto medieval, tan caro a los románticos, con particular atención a la lucha contra la dominación árabe, aunque también se dedican algunos artículos a los reyes y hazañas de la Edad Moderna, así como a escritores del Siglo de Oro. Frente a este interés por el pasado, la historia contemporánea queda limitada al tratamiento de la Guerra de la Independencia y la mitificación de un pueblo capaz de liberarse del yugo napoleónico.

Cierra esta sección y el libro, el capítulo de Alberto Romero Ferrer, «La teatralidad del imaginario nacional. La escenografía romántica y costumbrista del drama», que trasciende los límites del libro para desarrollar sus indagaciones en torno a la escenografía romántica, que evoluciona en el transcurso del siglo hacia un naturalismo, fuertemente apegado al detalle cotidiano. A través del análisis de las acotaciones, entendidas como anotaciones para la puesta en escena, se retoma la reflexión sobre la cultura visual que impregna fuertemente la literatura de este periodo y que tiene uno de sus máximos exponentes en el drama romántico, con toda su utilería de panoramas móviles y dioramas.